

Donde la voz calla, la historia insiste: entre dejar pasar o atreverse a contar

Where the Voice Falls Silent, Story Persists: Between Letting Things Pass or Daring to Tell

Gustavo González-Calvo*

Recibido: 9 de enero de 2026 Aceptado: 15 de enero de 2026 Publicado: 31 de enero de 2026

To cite this article: González-Calvo, G. (2026). Donde la voz calla, la historia insiste: entre dejar pasar o atreverse a contar.

Márgenes, Revista de Educación de la Universidad de Málaga, 7(1), 214–218. <http://dx.doi.org/10.24310/mar.7.1.2026.22959>

DOI: <http://dx.doi.org/10.24310/mar.7.1.2026.22959>



Gustavo González-Calvo

RESUMEN

En el presente ensayo trato de reflexionar, desde una voz autobiográfica y crítica, sobre el silencio, el miedo a incomodar y la responsabilidad ética de tomar la palabra, especialmente en el ámbito educativo. A partir de experiencias personales y del contexto político actual, se denuncian el creciente desprestigio de la Escuela Pública y del profesorado, alimentado por discursos ultraliberales y de extrema derecha. Se analiza cómo el control, la desconfianza y la censura generan un clima antipedagógico que inhibe la acción docente. Frente a ello, la escritura y la palabra aparecen como actos de resistencia, comunidad y transformación colectiva.

Palabras clave: silencio; Escuela Pública; profesión docente; malestar docente

ABSTRACT

In this essay, I seek to reflect, from an autobiographical and critical voice, on silence, the fear of causing discomfort, and the ethical responsibility to speak out, particularly in the field of education. Drawing on personal experiences and the current political context, the essay denounces the growing discrediting of public education and the teaching profession, fueled by ultraliberal and far-right discourses. It examines how control, distrust, and censorship create an anti-pedagogical climate that inhibits teaching practice. In response, writing and speech emerge as acts of resistance, community, and collective transformation.

Keywords: Silence; Public Education; Teaching Profession; Teachers' Disquiet



*Gustavo González-Calvo [0000-0002-4637-0168](http://orcid.org/0000-0002-4637-0168)

Universidad de Valladolid (España)

gustavo.gonzalez@uva.es



“Puede que las historias que nos contamos sobre nosotros mismos no sean verdad, pero son lo único que tenemos”

Coetzee & Curtz, 2016, p. 66

“Quizá la mayor innovación educativa que ha tenido verdadero arraigo en los últimos años ha sido la del desprestigio hacia la Escuela Pública.”

Es habitual que, en la vida cotidiana, tienda a morderme la lengua. Sin duda, mejor eso que estar inquieto y pasar la noche en vela. O mejor si sirviera para algo. Pero no sirve. Desaprovecho ese rato en el que tendría que estar dormido rumiando la idea de que la cortesía, a menudo, significa callar para que la comodidad de otras personas esté por encima de mi incomodidad. Así que, aun sabiendo que no tendría que callar, callo.

Quizá la culpa no esté en mis palabras, sino en mi incapacidad para disfrazar el fervor con que las digo. La idea de no hablar para no incomodar, para no sentirme ridículo y cuestionado, lleva a que siempre sean los mismos con legitimidad para poder decir. Las cosas no dichas me arden como si fueran clavos. Ideas pegajosas como ropa húmeda. Abro los ojos cuando debo descansar. Me levanto con humores perros. Incomodarme para no incomodar.

Otro día más. Otra “noticia” similar. Por si quedara alguna duda de cómo el mundo de la enseñanza ha perdido, a zancadas, gran parte de la seguridad y el poco prestigio que le acompañaban. Quizá la mayor innovación educativa que ha tenido verdadero arraigo en los últimos años ha sido la del desprestigio hacia la Escuela Pública, algo novedoso si lo comparamos con los tiempos de los primeros pedagogos. Antaño, las palabras más habituales para definir la profesión eran ‘derecho de la ciudadanía’, ‘comprensión del mundo’, ‘conocimiento’, ‘esfuerzo’, ‘responsabilidad’, ‘confianza’. Ahora, sustituidas por ‘adoctrinamiento’, ‘holgazanería’, ‘inversión’, ‘burocracia’, ‘pedofilia’, ‘desidia’, ‘ociosidad’ e ‘ineptitud’.

No hay duda de que estamos inmersos en un contexto novedoso y antipedagógico. En ese contexto hay políticos que han sabido diseñar muy bien una aritmética moral capaz de medir el bien y el mal que le va como anillo al dedo a la escuela privada y a la escuela privada que se subvenciona con fondos públicos (esto es, la mal llamada “escuela concertada”). Gracias a esa herramienta, basta

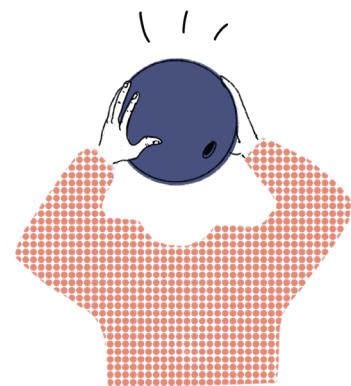
una simple mirada para que cada docente, sintiendo la espada de Damocles sobre sí mismo, acabe por interiorizarla hasta llegar a vigilarse al extremo de evitar tomar cualquier riesgo. Una herramienta para controlar a los incorregibles docentes, denunciar a los adoctrinadores, corregir a los que educan sin centrarse en enseñar aquellos contenidos que desean las familias, aislar a los sospechosos y eliminar a los ociosos. Una herramienta que bien podría ser el sueño de Jeremy Bentham.

En las escuelas, esta herramienta ha adoptado la imagen de domador del caos en forma de lo que se ha dado en llamar “pin parental”. Formularios que los docentes han de llenar antes de llevar a cabo casi cualquier actividad que no figure en el libro de texto para que las familias de los alumnos puedan decidir si son aptas o no para sus hijos y, en su caso, poder denunciar al docente. No mejora las cosas el hecho de que la ultraderecha esté generando una afectividad insecticida, tóxica, aplastante.

El mensaje autoritario que acompaña estas decisiones es claro: son las familias las que han de liberar a los hijos de los adoctrinadores de la escuela. Educar y decidir qué educación queremos que reciban los menores es responsabilidad de los padres quienes, acogiéndose al discurso de la libertad, tienen claro que los únicos valores válidos son los que ellos promulgan. Consideran, por tanto, que los menores no tienen que aprender a pensar ni decidir por cuenta propia, ignorando que lo peor estará por llegar una vez que los escolares se incorporen al mundo real, ese mundo compartido y situado en un contexto común.

Se olvida también la ultraderecha despistada de que una relación de amor (y una relación de maternidad y paternidad tendría que ser la más grande y pura de todas ellas) excluye cualquier relación de posesión y hace necesaria una de responsabilidad. Si no lo entendemos así, lejos de posibilitar la autonomía personal de los escolares, de esos “ciudadanos del mañana”, estaremos limitando enormemente sus posibilidades de desenvolverse en un mundo plural y, demasiado a menudo, indiferente y conflictivo.

Hoy. Cualquier Escuela Pública española. Aula de tres años. La maestra trae bien preparados los contenidos con



“Bajo el paraguas de la bananidad del mal algunos partidos políticos [...] justifican las mayores aberraciones sin pensar en las consecuencias éticas y morales de lo que defienden.”

los que enseñar ([sic] adoctrinar) a los menores: toca hablar del kamasutra, la zoofilia y el comunismo bolivariano. Mañana se trabajarán esos mismos contenidos, hasta que los pequeños los tengan bien interiorizados. Ojalá pronto puedan empezar a trabajar el “gustirrinín”, la obligatoriedad de transicionar de cuerpo y de cómo llegar a ser un vago y maleante “de provecho”. El curso nunca es lo suficientemente largo como para adoctrinar en condiciones.

¿Un disparate? Para cierto sector de la política, no parece serlo. Si al lector le cuesta creerlo, puede probar a leer estas noticias¹ o animarse a buscar otras similares. Hay demasiadas.

Así las cosas, ¿todavía hay quien dude de que ser docente de la Escuela Pública se ha convertido en un ejercicio de alto riesgo? ¿Acaso hay alguna otra profesión en la que se acuse al que la ejerce de incitar a los menores a este tipo de prácticas? ¿Qué mayor aberración y desprecio hacia la educación puede haber? ¿Qué pensarán los escolares cuando escuchen estos dislates? Ese odio se cristaliza y concentra hasta formar un almíbar denso que se derrama sobre nosotros.

Bajo el paraguas de la *bananidad del mal* algunos partidos políticos, afanados por terminar con la Escuela Pública, justifican las mayores aberraciones sin pensar en las consecuencias éticas y morales de lo que defienden. Peor si cabe es comprender que su *leitmotiv* no es otro que la simple desfachatez, el egoísmo primario, la necia incultura, espoleado por incontables acólitos y unos medios de comunicación que estimulan la inmoralidad como razón de ser. Todo ello hace que nos sintamos presionados por “comportarnos de acuerdo con las reglas”, como si no fuera eso lo que hacemos siempre.

Sea como fuere, en época de elecciones, todos los partidos políticos quieren hacer de la educación su nicho particular y su propio laboratorio de ideas sociopolíticas y económicas. No hace falta leer muchos diarios para ver que, con los comicios a la vista, los partidos políticos prometen que aumentarán la inversión en educación (o, en su caso, que revisarán los conciertos con la santa y muy humana Iglesia). Podríamos pensar que esa inversión irá destinada, principalmente, a dotar de más medios y

recursos al profesorado, a la Escuela Pública, a las comunidades con menos recursos económicos... Sin embargo, la realidad es otra. Ese presupuesto se disipa entre líneas confusas que van desde incrementar la inversión para revisar el contenido de los libros de texto² hasta un mayor control de profesorado y su libertino modo de vida³.

Me he mordido la lengua. No tanto para no perturbar a los que perturban, sino porque un cansancio parecido a una fuerte borrachera se apodera de mí. Es necesario dialogar, hablar, compartir puntos de vista. Pero, muchas veces, me pregunto si no es en vano: cada cual tiene claras sus ideas y es difícil sacar al otro de su marco. Hablar, en ocasiones, cansa. Fundamentalmente si no hay nadie al otro lado.

A cambio de morderme la lengua, he decidido llevar a cabo este ejercicio de escritura con la convicción de que el silencio nunca protege. Permanecer callado sería dejar que solo haya una historia válida, una historia por contar. Y si, como afirma Coetzee (2016), las historias son lo único que tenemos, quizás haya llegado el momento de escribir otras distintas: historias que no silencien el malestar, sino que lo transformen en crítica, en comunidad, en acción colectiva y en un futuro más habitable. A pesar de la descomposición y el caos, hay historias que merecen la pena ser contadas. Son el manual de supervivencia necesario para sostener este mundo que cruce.



REFERENCIAS

Coetzee, J. M., & Curtz, A. (2016). *The Good Story: Exchanges on Truth, Fiction and Psychotherapy*. Random House.

Notas al final

- 1 <https://elpais.com/espagna/2025-12-03/del-gustirrinin-en-las-aulas-al-kamasutra-para-ninos-la-obsesion-de-la-extrema-derecha-con-la-sexualizacion-infantil.html>
https://www.eldiario.es/nidos/realidad-acusacion-vox-diversidad-lgtbi_1_2726081.html
https://www.lasexta.com/noticias/nacional/albert-rivera-pide-que-hable-mas-educacion-menos-franco-sus-huesos-ab_orto_201910105d9f53c00cf2cf2d3c2b645f.html
https://www.eldiario.es/catalunya/educacion-catalunya-sindicalistas-funcionarios-apalancados_1_1334344.html
- 2 https://www.lasexta.com/noticias/nacional/albert-rivera-pide-que-hable-mas-educacion-menos-franco-sus-huesos-ab_orto_201910105d9f53c00cf2cf2d3c2b645f.html
- 3 https://www.eldiario.es/catalunya/educacion-catalunya-sindicalistas-funcionarios-apalancados_1_1334344.html